LavboratorIo Año 3 Nº 7 • Primavera de 2001

La herencia que supimos mantener e incrementar...

Recesión, déficit público, endeudamiento... y algo mas

(Agustín Salvia)

El programa de reformas y de estabilización aplicado durante la década del 90' comprendió, entre otros aspectos, la apertura de los mercados a la competencia internacional, la privatización de empresas públicas, el fortalecimiento de políticas impositivas y fiscales de inversión y el control de la inflación a través de una caja de convertibilidad [1].

Se esperaba con ello crear una economía competitiva, diversificada y flexible capaz de sortear los choques externos después de un período de transición. La manera en que la economía reaccionó entre 1991 y 1993 brindó esperanzas de que esto podía ser factible. Pero el proceso de transición fue interrumpido por la crisis del Tequila a fines de 1994, y si bien el nivel de actividad se recuperó a mediados de 1996 y hasta 1998, una serie de nuevos choques externos (crisis financiera del sudeste asiático, la crisis rusa y la devaluación del real brasileño), junto a la retracción del crédito internacional para los países emergentes, abrieron paso a una situación de recesión y largo estancamiento durante más de 30 meses.

Esta situación de "depresión" se mantiene actualmente, en julio de 2001 –a casi dos años del cambio de Gobierno-, habiéndose ensayado, y sin que hayan tenido efecto positivo, planes de ajuste fiscal, reformas estructurales, medidas heterodoxas de reactivación e importantes acuerdos de renegociación de la deuda pública.

Cabe destacar que la crisis del sector externo argentino se ha visto particularmente agudizada en los últimos años como efecto combinado del aumento del llamado "riesgo país" y la incapacidad de la balanza comercial. Al respecto, destaca la vigencia de un sistema de aranceles francamente favorable a las importaciones, junto al mantenimiento de un tipo de cambio fijo no sólo convertible al dólar de EEUU, sino también sobrevaluado con respecto a éste y, por lo mismo, frente a la mayoría de las monedas del mundo (a esto cabe sumar la caída del tipo de cambio real favorable que se tenía con Brasil).

En cuanto al mercado interno, se mantiene su contracción como efecto de la pérdida de capacidad adquisitiva de los sectores medios, la elevada desocupación, la altas tasas de interés, el deterioro de las pequeñas y medianas empresas y la aplicación sistemática

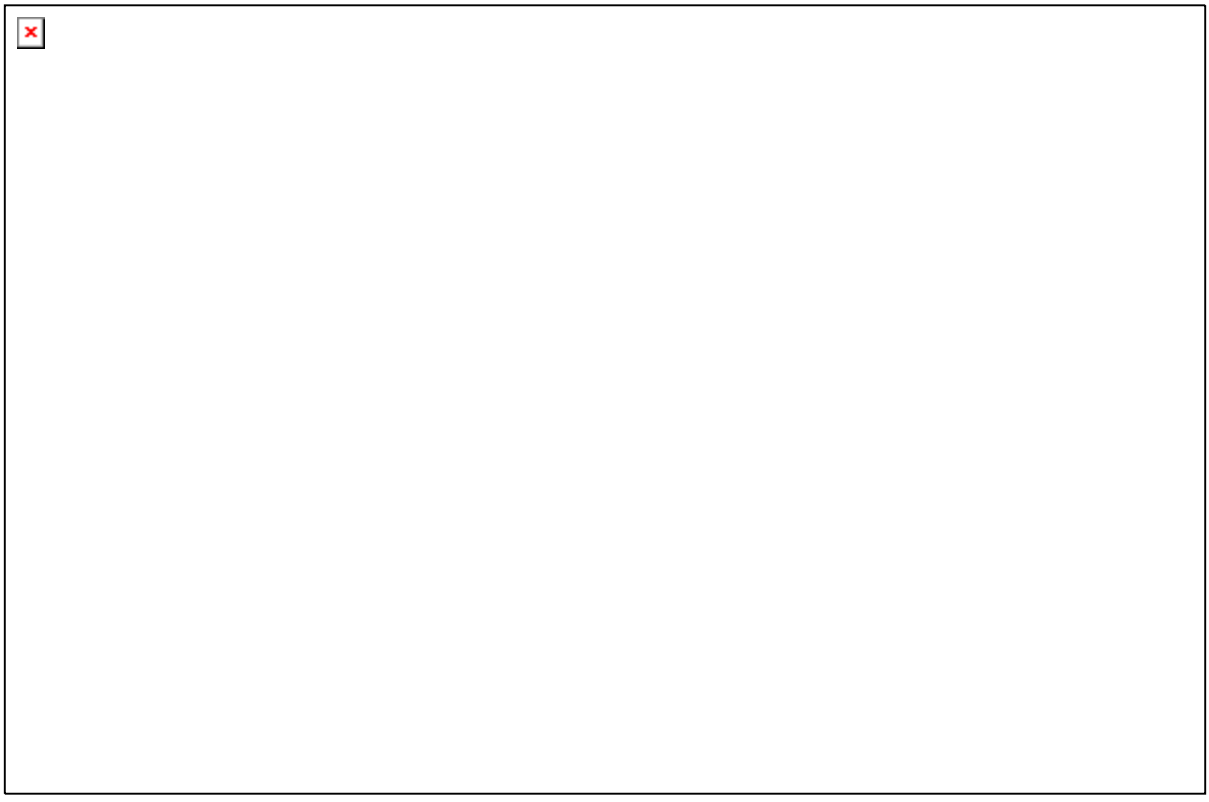
por parte del Estado de medidas de ajuste que afectan aún más la demanda interna y han paralizado las inversiones en infraestructura.

En cuanto a las finanzas públicas cabe destacar el incremento en un 42% que experimentó entre 1999 y 2000 el déficit público global, el cual pasó de 4.768 millones de pesos a 6.792 millones. Sin desconocer la gravedad del problema, cabe señalar que en 1999 el déficit de caja se vio fuertemente compensado por los ingresos obtenidos de nuevas privatizaciones, sin los cuales el déficit habría ascendido en ese año a 7.348 millones de pesos.

En igual sentido, el endeudamiento público pasó de 121 mil millones de dólares a 128 millones de dólares durante el mismo período. De esta manera, la actual falta de confianza de los inversores se ve alimentada por un contexto desalentador dominado por la inestabilidad política, el déficit fiscal, el creciente endeudamiento, el achicamiento estructural del mercado interno y una irregular competitividad externa de la economía.

Por otra parte, cabe señalar que la crisis recesiva no afecta a todos los sectores productivos por igual. Justamente, destaca la clara hegemonía de un sector oligopólico, dinámico y concentrado, vinculado a actividades primarias, servicios privatizados y a algunos bienes y servicios especializados. Este sector de empresas han mantenido durante la crisis un alto nivel de crecimiento y de ganancias, atento al comportamiento de los mercados globales y con relativa independencia del mercado interno.

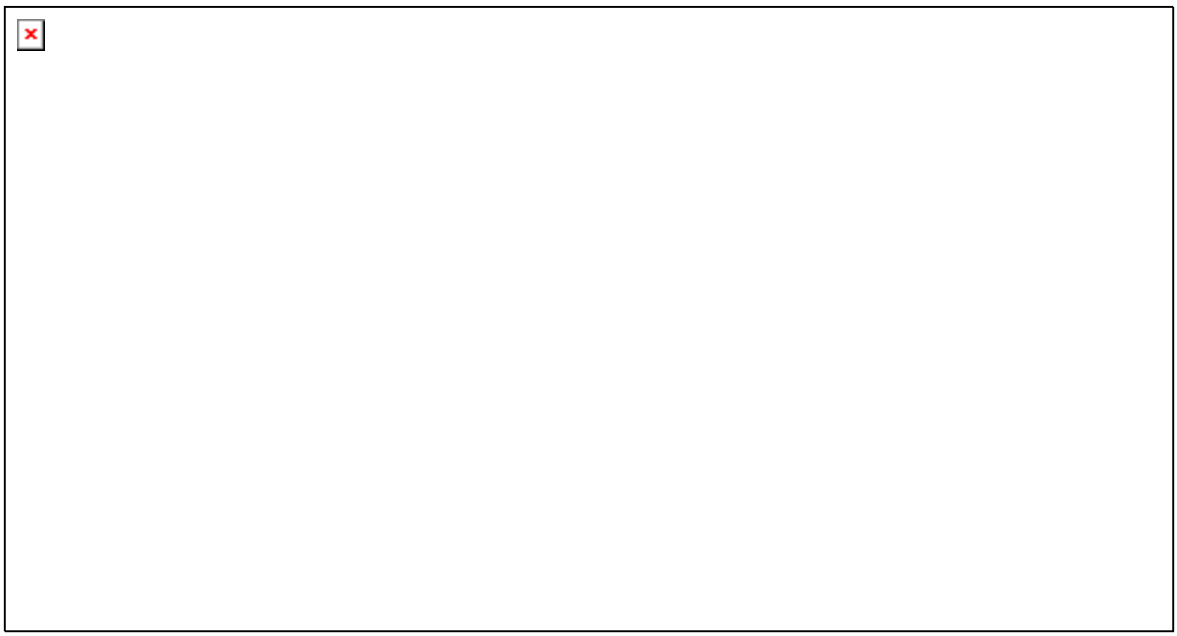
Un Modelo que genera y demanda desempleo El desempleo en el mundo está esencialmente ligado al movimiento global de la economía y, en períodos de fuertes transformaciones, refleja los efectos de los cambios tecnológicos y de organización productiva. Superada esta fase, el crecimiento económico vuelve a generar un mayor número de puestos de trabajo.



En Argentina, el desempeño negativo del empleo, su persistencia y generalidad alcanzan niveles extraordinarios que sólo se explican por la naturaleza misma del cambio estructural y de las pautas de intercambio que impuso y mantiene el actual modelo económico. En primer lugar cabe destacar el efecto regresivo a lo largo de la década del 90 de un conjunto de medidas de reformas que explican buena parte del

particular deterioro que experimentó el empleo.

La reforma del Estado y la apertura de inversiones a través de la reestructuración y posterior privatización de empresas públicas fueron dos piezas claves del programa de reforma. Estas medidas tendientes a reducir el déficit público, ganar la confianza de los inversores internacionales y modernizar parte importante de los servicios y algunas actividades



productivas, significaron también un pérdida importante de empleos plenos en el sector público.

De acuerdo con información del INDEC, entre 1992 y 1999, el sector nacional se redujo en un 30%, con una pérdida neta de 185 mil puestos. El sector vinculado a las sociedades del estado fue al respecto el que mayor aporte hizo (130 mil puestos de trabajo). Si bien una parte de esta fuerza de trabajo fue recontratada por la nuevas empresas, otra parte importante fue desplazada hacia el negocios familiares por cuenta propia o cooperativos –vía fondos indemnizatorios y de retiros voluntarios-, los cuales en su mayoría fracasaron volcando a grupos familiares completos a la desocupación.

Por otra parte, un efecto buscado por el plan de convertibilidad y la política reformas fue forzar a las firmar a reducir costos operativos y/o aumentar su productividad, sea a través de la introducción de capital intensivo o cambios en la organización laboral.

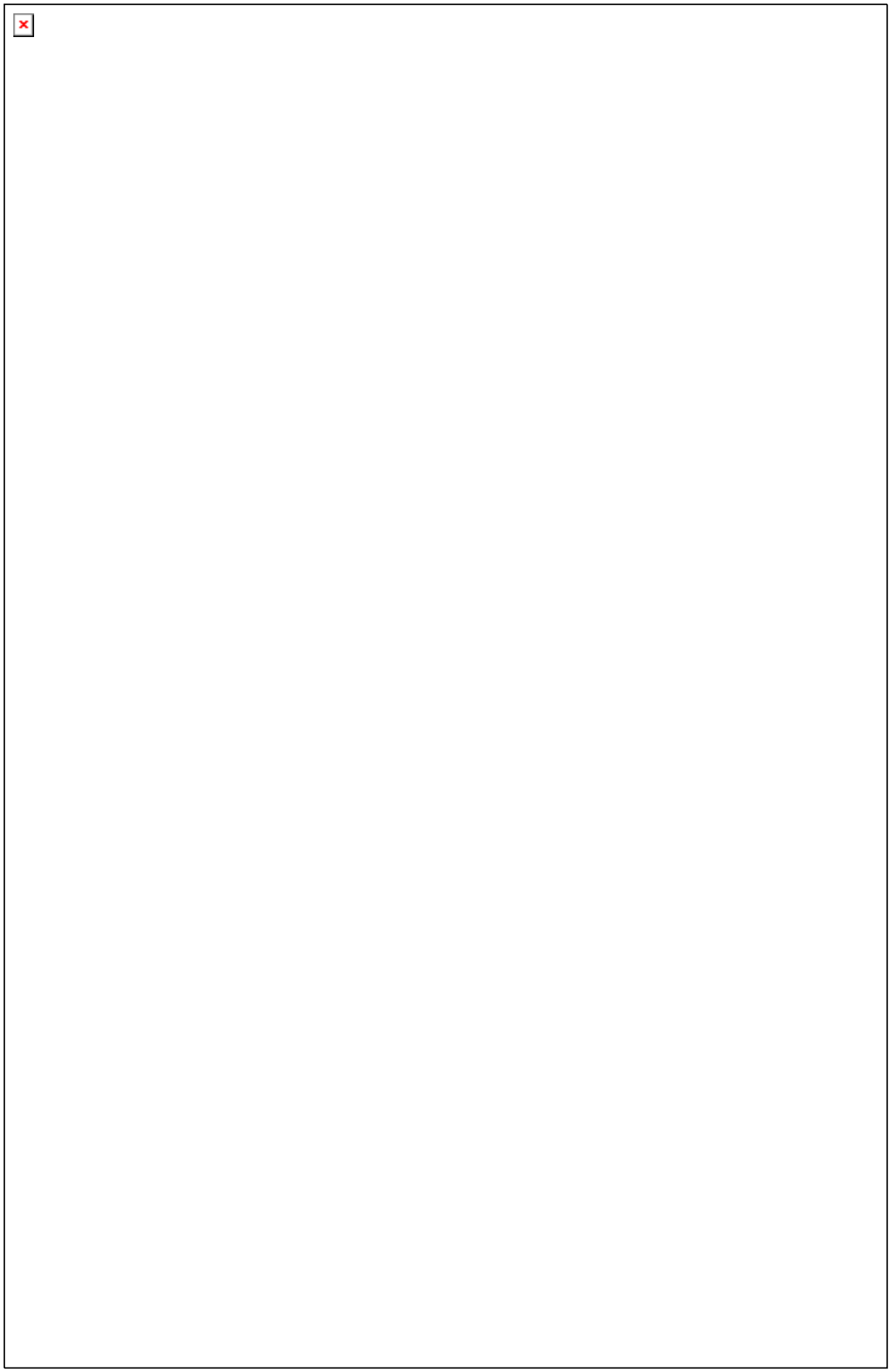
A partir de ello se buscaba mejorar la competitividad externa de la economía y deflacionar los precios internos. En esta línea, la desregulación de los mercados, la apertura comercial y la reducción de aranceles de importación significaron una profunda reestructuración de aquellas firmas más concentradas.

Pero la respuesta del sector empresario, aunque generalizada, estuvo lejos de ser

homogénea. La imposibilidad de abrirse a la competencia generó también el cierre de numerosas firmas y de pequeños negocios cuasi-informales, con un importante aumento del desempleo en este sector, así como un incremento del empleo no registrado y de la inestabilidad laboral en sectores productivos y no transables no competitivos.

La reducción de costos impositivos laborales y empresariales directos debía promover y facilitar este proceso de ajuste de costos y cambio productivo. En función de ello, la desindexación de la remuneraciones, la disminución de obligaciones patronales a la Seguridad Social y una serie de medidas escalonadas tendientes a la flexibilización de contratos y de los despidos de personal implicaron una reducción de los costos laborales de las empresas, pero también sirvieron para promover la diferenciación y rotación laboral de los trabajadores asalariados.

De esta manera, la estabilidad de precios, el mantenimiento del tipo de cambio y los aumentos de productividad continúan siendo garantizados a partir de la conjugación de dos factores claves de política económica:

• por una parte, el mantenimiento de un tipo de cambio sobrevaluado, junto a bajos aranceles de importación, en función de presionar los precios a la baja y obligar a las firmas a su cierre o reconversión; y

• por otra parte, el desempleo generalizado y la desindexación de los salarios como condición para mantener relativamente contenido el consumo interno, evitar presiones inflacionarias y contar con mayor cantidad de excedentes exportables.